Historia de la princesa Jaiven reina de México

...

Novela de la Ilustración francesa

traducción e introducción de

Alicia Bazarte Martínez

VERDEHALAGO

Primera edición en francés: 1751
Primera edición en español: 2001

Esta obra, publicada dentro del marco del programa de publicación en participación, está respaldada por el Ministerio de Asuntos Extranjeros y la Embajada de Francia en México

Diseño: Alfredo Herrera Patiño

D.R. © 2001, Alicia Bazarte Martínez,
por la traducción e introducción
D.R. © 2001, Verdehalago, Cristina Leticia Jiménez Vázquez,
Alicante 157, Col. Postal, CP 03410, México, D.F.
Teléfono 56.96.77.78 Fax 56.96.78.14
gnomos@verdehalago.com.mx
http://www.verdehalago.com.mx

ISBN: 970-680-076-X

Historia de la princesa Jaiven reina de México

...

Novela de la Ilustración francesa

traducción e introducción de

Alicia Bazarte Martínez

VERDEHALAGO

A Francis Mestries y
a Jean Claude Mestries

A mis princesas
Ingrid
Enna
Daphné
Ma. Fernanda
Lauren

HISTOIRE
DE LA
PRINCESSE
JAIVEN
REINE DU MEXIQUE.

Traduite de l'Eſpagnol.

I. PARTIE.

A LA HAYE
Chez H. SCHEURLEER.

M.DCC. LI.

En Europa, cuando en el siglo XVIII se hablaba de las Indias Occidentales, se pensaba en el exotismo americano, en las riquezas lejanas. Se le conocía todavía mal, y la Francia del Gran Siglo no era la excepción: el pueblo ilustrado leía a los novelistas y a los poetas que escribían sobre América. Del *Polexandre* de Gomberville (1629-1637) a la *Alzire* de Voltaire (1736) se habla de América como de un continente de fantasía.

Bajo la doble y contradictoria dirección de Voltaire y Rousseau, en la literatura se delinearon varias corrientes: la clásica, renovada al gusto del día pero con una presencia muy fuerte; la filosófica y científica, la del naturalismo y la sensibilidad; entre otras.[1]

Esta última se manifestó sobre todo en el drama, legándonos grandes novelas y excelentes piezas de teatro, obras dedicadas al sufrimiento, a las pasiones, al amor y a las almas más puras y tiernas, capaces de conmoverse hasta las lágrimas. Michelet lo describe de esta manera:

[1] Robert G. Escarpit, *Historia de la literatura francesa*, México, FCE, 1956, p. 67. (Breviarios 4.)

> No hubo jamás tal éxito de lágrimas, tan exageradas en la realidad. Ninguna crítica se hacía. Los mismos hombres lloraban. Las mujeres leían y releían. Las jóvenes las devoraban a escondidas. ¿Por qué el jansenista o la vendedora se escondían bajo el mostrador? ¿Por qué la dama de compañía no escuchaba a su patrona llamarla? Estaban como locas, llorando sin poderse contener.[2]

Con estas lecturas los franceses y francesas se identificaron con sentimientos como el furor, la pasión, el amor y los celos que les despertaban los héroes o heroínas. Soñaban con remotos lugares donde la felicidad podía transformarse en realidad, porque:

> [...] este siglo tan extraño, dedicado en apariencia a la razón y a las ideas, creó la parte más importante de las fuerzas ocultas que fueron el misterio de la naturaleza, el secreto de la conciencia, y la emoción del corazón; es por eso que las lágrimas probaban que lo que se estremece dentro de nosotros es mucho más fuerte que lo que nos rodea.[3]

Dentro de este contexto, en 1751 aparece la novela *Historia de la princesa Jaiven, reina de México*. Fue publicada en la Haya, Holanda, por el editor H.

---

[2] Citado por Trahard, Pierre, *Le maittres de la sensibilité Française au XVIIIéme siécle (1715-1789)*, t. I, Paris, Boivin y Cie éditeurs, 1931, p. 131.

[3] *Ibid.*, p. 259.

Schuerleer. Consta de dos partes con un total de 234 páginas. Tiene dos ilustraciones: una viñeta en la portadilla en la que figura el título, la cual representa un frutero, y en la página 1 el dibujo de una ciudad: destacan una iglesia con su monasterio, un castillo y dos árboles.

En la página 606, entrada 114 887, del *Manual del librero hispanoamericano*, de Palau y Dulcet, se sostiene que de dicha novela sólo hay información sobre la venta de dos ejemplares. Uno en la ciudad de Lange, en el año de 1922, por la suma de 6 francos suizos; el otro, en Madrid, por la cantidad de 125 pesetas en el año de 1943. El volumen que obra en nuestro poder nos lo proporcionó amablemente el señor Jean-Claude Mestries, quien en 1985 lo adquirió al precio de 60 francos franceses en una librería de Bordeaux, Francia.

La novela aparece como de autor anónimo, con una leyenda que dice haber sido "traducida del español" al francés.

Sin embargo, se le atribuye al abad Claude François Lambert. La información proviene de dos fuentes: de un artículo publicado en París en junio de 1756,[4] donde se mencionan otros títulos del autor, y de una referencia encontrada en el archivo de Joseph D'Hemery, inspector del comercio de libros en

[4] Antonio Palau y Dulcet, *Manual del librero hispanoamericano*, Barcelona 1948-1956.

París, "cuya tarea consistía en espiar las actividades personales y literarias de los escritores franceses, y que nos ofrece una idea de cómo el Antiguo Régimen luchaba por comprender a una nueva y peligrosa generación de franceses: los intelectuales independientes". Este inspector se dedicó a elaborar fichas personales de cerca de 500 autores entre 1748 y 1753, dando su opinión sobre la personalidad, los gustos, los intereses y la labor literaria de los autores. Lo hacía desde un punto de vista muy subjetivo, ya que en sus críticas se advierte que no era un conocedor de la literatura de la época. Transcribimos la ficha que elaboró sobre el abad Claude François Lambert en la cual menciona a Jaiven:[5]

> Nombre: Lambert (abad), sacerdote, autor. lo. de Diciembre de 1751.[6]
>
> Edad: 50 años.
>
> Lugar de Nacimiento: Dole.
>
> Descripción: Pequeño, deforme, tiene la apariencia de un sátiro, y la cara llena de espinillas.

---

[5] Robert Darnton, *La gran matanza de gatos y otros episodios de la historia de la cultura francesa*, México, FCE, 1987. Contraportada.

[6] La ficha que elaboró D'Hemery sobre el abad C. F. Lambert corresponde al mismo año en que aparece Jaiven, aunque él equivoca el nombre y lo escribe con T (Taiven). Pensamos que menciona esta obra por ser la última de este autor.

Domicilio: Calle de la Verriére, en el taller de tintorería, en el cuarto piso.

Historia: Fue jesuita durante 16 o 17 años. Es un sujeto muy malo, borracho y putañero.

En 1746 vivió con la hija de cierto Antoine, empleado de la comisaría. La hizo pasar por su esposa, y bajo el nombre de Carré se alojó en un cuarto amueblado en la casa de asistencia de la viuda Bailly, donde ella tuvo un hijo. Más tarde se marcharon sin pagar una cuenta de 850 libras. Después de siete años, la viuda Bailly descubrió su nuevo domicilio y puso una queja ante el Lieutenant General de la policía. Por ello, él se vio obligado a hacer un convenio para pagar la deuda durante dos años. La mujer y su pequeño hijo ahora viven con él. La hace pasar por su ama de llaves.

En 1744 publicó *Lettres d'un seigneur hollandais*, en tres volúmenes, libro en el que examinó los intereses de los príncipes en la última guerra. Escribió esta obra a petición del conde d'Argenson, quien hizo que lo recompensaran por esto. Desde entonces ha publicado *Recueil d'observations*, en quince volúmenes, el duodécimo, con Praul e hijos. Es una antología muy mal tomada de varios autores, plagada de erratas y muy mal escrita. Después pasó algún tiempo en Suiza en el cortejo del marqués de Paulmy. A su regreso, publicó una novela mal titulada *Histoire de la princesse*

Taiven, reine du Mexique, que apareció como una traducción del español hecha por Guillyn. Finalmente, acaba de publicar *Histoire littèraire du regne de Louis XIV...*[7]

En cuanto a la biografía de Lambert, sabemos que nació en Dole, Francia, en 1705, y murió en París el 14 de abril de 1765. Cura de Saint Etienne, en Rouen, fue un jesuita que renunció a su profesión eclesiástica para dedicarse a la historia y a la literatura. Fue protegido del conde d'Argenson, Ministro de Guerra de Luis XV, como lo fueron otros escritores de su tiempo, entre ellos François Augustin Parades de Moncrif y d'Alembert. De su obra literaria destaca *Historia literaria del reino de Louis XIV*, que se editó en 1 200 ejemplares. Mansard, el arquitecto del Rey Sol, fue quien aportó los fondos necesarios para su publicación, estimados en 12 000 libras. Por esta obra recibió del conde d'Argenson una pensión de 600 libras.

---

[7] R. Darnton, *op. cit.*, p. 189, D'Hemery considera que la novela es "mala"; sin embargo Darnton en el estudio que hace sobre D'Hemery nos dice que reproducía anécdotas y que "sería un error considerar los informes de D'Hemery como datos sólidos similares a los que pueden encontrarse en un censo moderno; pero sería un error mayor descartarlos por su subjetividad excesiva. D'Hemery tenía un conocimiento del mundo de las letras del siglo XVIII más profundo que el que cualquier historiador pueda esperar conseguir". R. Darnton, *op. cit.*, p. 150. Podríamos agregar que D'Hemery en los comentarios hacia la obra de Lambert siempre los califica de "malos".

El abad Lambert fue un infatigable compilador que escribió una veintena de obras. Entre las más conocidas se encuentran:

• *Memoire et aventures d'une dame de qualitè qui s'est retirèe du monde*, 1739, La Haya, 3, in 12.

• *La Nouvelle Protèe*, 1740, Harlem, in 12.

• *Le nouveau Telèmaque*, 1741, La Haya, 3, in 12.

• *Lettres d'un seigneur hollandais*, 1744.

• *Recueil d'observations curieuses sur les moeurs, les coutumes, les usages, les differentes langues, le gouvernement, la mythologie, la chronologie, la gèographie ancienne et moderne, les ceremonies, la religion, les mèchaniques, l'astronomie, la medecine, la physique particuliere, l'histoire naturelle, le commerce, la navigation, les arts et les sciences des differents peuples de l'Asie, de l'Afrique et de l'Amerique*, París, Prault fils, 1749, 4 vol., in 12.

• *Histoire generale, civile, naturelle, politique et religieuse de tous les peuples du monde*, 1750, 15 vol., in 12.

• *Histoire Litteraire du Regne de Louis XIV*, 1751, 3 vol., in 4.

• *Memoires et aventures de Dom Inigo de Pascarrilla, par l'Auteur de la Nouvelle Marie-Anne*, Paris, Cuchesne 1764, 2 vol., in 12.

• *Relation Singuliére, ou le courrier des Champs Elysées á Cologne*, Paris, Chez G. Guillaume 1771, in 8o.

El abad Lambert, contemporáneo de Voltaire, Diderot, Rousseau, Buffon, etc., sintió la necesidad de legar conocimientos universales sobre los pueblos

conocidos en el Siglo de las Luces; de ahí la extensión de su obra, y lo más importante para nosotros es que uno de sus relatos haya tenido como fondo nuestro país. Lambert fue conocido y leído en su tiempo, inclusive algunos de sus títulos se encuentran en el fondo de la biblioteca de Voltaire, bajo la clasificación núm. 2 285.[8]

La novela que nos ocupa está muy influida por el teatro de Voltaire, uno de los primeros escritores que pusieron de moda a América, al escoger como heroína a Alzire, a quien denominó hija de Moctezuma, quien resiste a los conquistadores. Junto con Mahoma o Zaire, constituye uno de los monumentos inmortales a los que el espíritu filosófico elevó el arte de la tragedia.[9]

En cuanto a la novela atribuida a Lambert, el *Diccionario de obras anónimas* de A. E. Barbare, vol. 2, p. 709, nos dice que nunca fue publicado en español; lo mismo indica el *Manual del librero hispanoamericano*, y la ficha de D'Hemery establece que "apareció

---

[8] Michèlle Duchet, *Antropología e historia en el siglo de las luces*, México, Siglo XXI, 1988, p. 423.

[9] Voltaire, *El siglo de Luis XIV* (prólogo de Víctor Hugo, Vida de Voltaire, por Condorcet), Barcelona, t. I, editorial Orbis, 1986, p. 49, Lambert copia inclusive los títulos de Voltaire como en el caso de su *Historia literaria del reino de Luis XIV* (Voltaire escribió *El reino de Luis XIV*), Incluso en Jaiven emplea la frase que Voltaire usa en Zaire: "El culto a los corazones tiernos y a las almas puras".

como una traducción de Guillyn". Por nuestra parte, no hemos localizado ninguna versión en castellano.

El decir que era una traducción fue, tal vez, con el propósito de revestirla de cierto misterio y encanto, para estimular la curiosidad de los lectores o quizás para darle un sello de autenticidad histórica a una novela que vagamente remite a ciertos episodios de la historia prehispánica de México y del Perú.

Por otro lado, la enorme bibliografía existente sobre la cultura de los pueblos y sobre los viajes emprendidos a regiones remotas, hacían soñar evasiones y utopías y provocaban que la imaginación se desbordara en discursos, ensayos, relatos y novelas, en los cuales se plasmaban las ansias y el afán de conocer países y personajes tan lejanos, pero tan humanos.

La disertación acerca de las virtudes del buen salvaje era ocasión propicia para escribir una obra que idealizara la imagen de los gobernantes indígenas de la lejana América. Éste es el caso de la ópera *Moctezuma* (1753), de Federico II de Prusia, en cuyo estreno la muchedumbre se volcó al teatro para conocer el buen gobierno de ese monarca, dechado de todas las virtudes, riquezas y cualidades para gobernar a su pueblo y hacerle frente al tirano conquistador.

En la *Historia de la princesa Jaiven* destacan dos ejes: el primero se refiere a la búsqueda del gobierno ideal y de la lucha por defender la hegemonía de

México ante gobiernos extraños. La idea del buen salvaje se manifiesta como una defensa de los valores morales de los pueblos primitivos y de la virtud y el valor como requisitos para gobernar a los pueblos, en contraposición con las monarquías hereditarias de Europa. En este sentido, es parte de la corriente naturalista, la cual exalta la naturaleza virgen y a los pueblos primitivos, critica la hipocresía de las sociedades civilizadas y el carácter arbitrario y autocrático de sus gobernantes.

El segundo eje constituye el enaltecimiento del amor y la pasión por encima de cualquier otro móvil, circunstancia que invade la novela de sentimentalismo y romanticismo desbordantes, preludio de *Paul y Virginie* de Bernardin de Saint-Pierre. Los hilos psicológicos de los personajes son tensados con pasiones maniqueas: amor, odio, ambición, heroísmo, etc. Por ello, la historia forma parte de la novela prerromántica francesa, como es el caso de *Manon Lescaut* de *l'abbé* Prevost.

El amor se manifiesta verdadero y apasionado, pero los celos siempre triunfan sobre los más sinceros sentimientos y son capaces de provocar guerras y destruir ciudades; sin embargo, siempre triunfa "el culto a los corazones tiernos y a las almas puras",[10] según la fórmula de Condorcet, al diferenciar a Zaire de Voltaire.

[10] *Ibid.*, p. 47.

En su elegante prosa, donde abundan los diálogos, se ponen de manifiesto los conocimientos universales, ya que el autor mezcla una serie de elementos culturales de diversas naciones; menciona los sacrificios humanos de los mexicas; habla del harén y del hamam árabes; le pone nombres árabes o romanos a algunos de sus personajes, incluso el nombre de Jaiven proviene de Rusia; destaca de la cultura romana la importancia de los augurios y los arcos triunfales; se inspira en las fuentes medievales europeas para contar una historia de amor cortés, imbuido de recuerdos de las historias de caballería.

El relato nos remonta a una época anterior a la conquista de los principales reinos de América, cuyos países eran "gobernados por príncipes que parecían no reconocer otra felicidad que el trabajar y asegurar el bienestar de sus súbditos".[11]

El escenario de esta historia es México, y en ella se relata la lucha entre Tobilos, príncipe de México, y Tekels, rey de Tacuba, por conquistar el corazón de la bella Jaiven, princesa de Texcoco, Los habitantes de Texcoco y los de México desatan una guerra en contra de los tacubenses para que, una vez vencidos, estos reinos se unifiquen en una alianza. Este episodio recuerda los acontecimientos de la Triple Alianza.

---

[11] *Histoire de la Princesse Jaiven, reine du Mexique*, La Haya (Holanda), Chez H. Scheurleer, 1751, p. 2.

El relato de esta lucha ocupa la primera parte de la novela. Está impregnado de las costumbres de caballería y las lides que se sostenían por la mujer amada. El autor se permite la concesión para acrecentar el poderío de México, de modo que el héroe disponga de un cuerpo de caballería de 400 000 hombres dispuestos a vencer al enemigo.

No podía faltar, desde luego, la exaltación de las riquezas de la América prehispánica y el culto a los vencedores.

En la segunda parte de la novela, cuando se espera que todo sea felicidad, el cruel Askar (hermano de Tobilos) llega a perturbar la dicha del reino y de la pareja, el autor lo describe con el alma negra y nos dice que vivía expulsado de los reinos de México por su comportamiento deshonesto en la corte. Askar se enamora de la princesa Zaide, hermana del ex rey de Tacuba. Ésta llega a vivir a la corte de México y se convierte en la fiel compañera de Jaiven y en ardiente enamorada de Tobilos por lo que rechaza las proposiciones de Askar. Hecho que provoca una lucha entre los dos hermanos por obtener el poderío de la capital azteca. Esta lucha nos recuerda los pleitos de Atahualpa y Huascar en el Perú, incluso el villano lleva el nombre de Askar (por onomatopeya muy parecido a Huascar).

La novela finaliza con un drama en el que todos los personajes principales mueren. El autor, fiel a su época, hace gala de su sentimentalismo literario.

Define la pasión como la expresión máxima de la naturaleza interior de los personajes: en Jaiven lo excusa todo: "la pasión no está controlada por la voluntad, sus excesos no son evitados por nuestro juicio, ella dirige al ser humano para exaltarlo o para perderlo".[12]

Es cierto que para un lector del actual siglo la novela tiene muchos errores históricos y geográficos; sin embargo, recordemos que se trata de expresar literariamente la visión de un ilustrado sobre la historia prehispánica de nuestro país, y que debió constituir un desafío escribir esta obra en el siglo XVIII, teniendo como escenario el Nuevo Mundo, con pocas fuentes documentales, posiblemente sólo a Antonio de Solís, cronista mexicano traducido al francés.

Como gran parte de la literatura de la época, Jaiven intentó transmitir ideas para aleccionar a los franceses sobre otras formas de gobierno y de vida, acordes con los ideales de la Ilustración pero donde la lucha por el amor estuvo siempre presente.

Citemos por último a P. Trahard:

> En suma una armonía superior se establece (entre el amor, la pasión y el drama), acercando a los grandes escritores en lugar de oponerlos, y la tradición

[12] Robert Mauzi, *L'idée du bonheur dans la littérature et dans la pensée françaises au XVIIIéme siécle*. París, Librarie Armand Colin, 1967.

nacional que parecía descontinuada, lo estaba únicamente en apariencia: Marivaux, Prévost y Voltaire continúan a Rácine; Diderot y Rousseau los continuarán, y ellos mismos serán continuados por los románticos, es esta continuidad la que se hace cada vez más presente, cuando llegamos al fondo de las cosas; y se afirma en la diversidad ondulante de los hechos, las obras y los caracteres; ella es una de las condiciones de los aspectos espiritual y sentimental de esta vida tan corta.[13]

[13] P. Trahard, *op. cit.*, p. 208.

Un especial agradecimiento a Elsa Malvido, Claude Morin, Delfina López Sarrelangue, Jean Pierre Berthe y a Nadia Vega Noguera por el interés que pusieron en la lectura de la novela y cuyos comentarios me alentaron a investigar sobre la vida del autor y a lanzarme en la difícil tarea de la traducción.

Historia de la princesa Jaiven
reina de México

Traducido al español

La Haya
1751

Antes de que los españoles conquistaran los principales reinos de América, los habitantes de esos ricos lugares estaban gobernados por príncipes que parecían no reconocer más felicidad que trabajar para asegurar el bienestar de sus súbditos. El principal de ellos fue Izcóatl, rey de México. Después de haber demostrado su valor y de obtener mil brillantes victorias sobre los reyes vecinos, celoso de su poder y su gloria, se empeñó en que los pueblos sometidos olvidaran los males que acarrean las guerras largas y crueles.

Con los otros estimables bienes que trae consigo la paz, muy pronto volvieron la tranquilidad y la abundancia. Esta paz, que Izcóatl consumó y que concedió a sus enemigos sólo después de haberlos forzado a aceptar todas las condiciones que quiso imponerles, se celebró con fiestas espléndidas en las que no se omitió nada que hiciera resaltar la mayor suntuosidad y magnificencia. Fue así como, en una de estas fiestas, la princesa Jaiven conquistó un corazón que hasta entonces había sido insensible a los tratos del amor.

Tobilos, el primogénito del rey de México, joven príncipe dotado con todas las virtudes que

caracterizan a los héroes, y que en mil ocasiones había dado señaladas pruebas de su intrépido valor, se había conservado en una indiferencia que esperaba no perder jamás porque con ella había podido resistir a todos los encantos de las bellezas más irresistibles. La princesa Jaiven le hizo experimentar que el corazón más impasible es a veces el más fácil de inflamar cuando el amor decide someterlo a sus leyes. Así fue posible que a la vista de la incomparable Jaiven, se despertaran en el corazón del príncipe mexicano las más tiernas y vivas impresiones. El amor y las gracias parecían, en efecto, estar de acuerdo para desplegar sobre el rostro y la persona entera de Jaiven todo lo que es capaz de encantar y de complacer. Su dulzura, su modestia, su humor siempre igual, la noble elevación de sus sentimientos, su sólida virtud, la convertían en un objeto de admiración para todos aquellos que tenían la fortuna de acercársele.

Méritos tan importantes elevaban a Jaiven por encima de todas las princesas de su época y le atraían un gran número de admiradores. El más ardiente de ellos era Tekels, rey de Tacuba, príncipe que, por sus mil defectos vergonzosos, deshonraba el trono que ocupaba. Infatuado de su poder no dudaba que Fardedondac, rey de Texcoco y padre de la princesa Jaiven, lo favoreciera con una alianza y, persuadido de ello, le envió embajadores con la orden de que no regresaran sin la ilustre princesa a la que él destinaría

el primer lugar en su harén. Las cosas no se realizaron como él esperaba. Sus embajadores hicieron la petición con tanto orgullo y altanería que Fardedondac no pudo controlar su indignación. Respondió a los insolentes ministros que no reconocía a nadie el derecho de imponerle su ley, y que por más poderoso que fuera su señor, él no estaba dispuesto a satisfacerlo en perjuicio de la tranquilidad de una hija tan tiernamente querida. Que él la amaba demasiado para no tratar de asegurar su felicidad y que no creía que llegara a gozar una suerte venturosa en el caso de que se casara con el rey de Tacuba.

Los embajadores del príncipe, que estaban lejos de esperar tal rechazo, respondieron con amenazas. Llegaron a la insolencia de decir a Fardedondac, en presencia de todos sus cortesanos, que muy pronto verían a su rey venir a la cabeza de un numeroso ejército para vengar el ultraje recibido y que, cuando hubiera sembrado la desolación y las matanzas, Fardedondac se arrepentiría —demasiado tarde— de haberlo obligado a tomar las armas y que en vano le ofrecería a la orgullosa princesa que ahora le rehusaba, y que si Tekels llegaba a recibirla, en ese caso, sería sólo en calidad de esclava.

Así hablaron los ministros del rey de Tacuba. Su insolencia no hubiera quedado sin castigo si Fandedondac, más moderado que sus cortesanos, no les hubiera impedido derramar la sangre de los audaces. El rey se conformó con alejarlos de su

presencia al ordenarles salir inmediatamente de sus dominios y les prohibió regresar bajo advertencia de que si lo hicieren les aplicarían rigurosas penas.

Entre tanto, la princesa Jaiven, enterada de lo que acababa de pasar entre el rey su padre y los ministros de Tekels, juzgó que este príncipe violento y cruel no tardaría mucho en hacer efectivas las amenazas de sus ministros. Temiendo convertirse en la causa inocente de una guerra cruenta, decidió prevenirla aunque ello le costara la felicidad y, para este efecto, decidió sacrificarse y aceptar el matrimonio odioso que se le proponía y por el cual ella sentía más horror que ante la más cruel de las muertes.

Esta generosa princesa no se detuvo allí. Convencida de que su padre, el rey, que en ella había depositado toda la ternura, difícilmente se prestaría al sacrificio que ella quería hacer, se postró a sus pies para pedirle que no se opusiera a la decisión que su generosidad le imponía.

—¡Oh, mi padre mío! —gritó, abrazando sus rodillas a las que regó con sus lágrimas— yo te conjuro en el nombre de los dioses inmortales que adoramos, que no me dejes temblar por las vidas que me son mil veces más queridas que la mía. Yo sé que el feroz Tekels quiere que me prepare a unir mi suerte a la suya, y que amenaza tus reinos con la ruina total si no accedes a sus deseos. ¿Qué, pues mi propio interés te sería tan apreciado como para que creas preciso sacrificarle tu tranquilidad por la de tus

súbditos? ¿No eres su padre, como el mío? Cómo yo y aun más que yo, ¿no tienen ellos derecho a los cuidados de que debes rodearlos para asegurarles la felicidad? No, no, el temor de que mi suerte sea desgraciada no puede autorizarte a exponer su fortuna y su vida. Que me sea permitido consultar sólo los intereses de mi gloria. Que ninguna marca caiga sobre mi nombre si yo permitiera que mi pueblo, sobre el que reinaré algún día y al que debo toda mi ternura, me reprochara las desgracias que pueden ser tan fácilmente evitadas. Para ello, no tengo más que dar mi mano al príncipe que quiere unirse a mí con lazos eternos. Sé que son famosas sus violencias y sus furores; pero no son suficientes para hacerme temblar. Sin embargo, una vez que sea su esposa, ¿no podría yo esperar que mediante mis complacencias, el estudio que emprenderé para adivinar sus deseos, llegue a ganar su amor? Sí, yo prometo distinguirme entre sus otras esposas.

—¡Oh, no!, no te hagas ilusiones de que el cruel Tekels cambie tan fácilmente —respondió el rey de Texcoco a la princesa—. ¿Qué podrían la virtud y los encantos sobre su corazón, desprovisto de todo sentimiento de humanidad? Encerrada en el harén de este príncipe bárbaro, arrastrarás tus días en la más espantosa desesperación y sin ningún motivo de consuelo. ¡Y seré yo mismo quien, intimidado por las amenazas de ese fiero tirano te ponga en sus manos! Ah, la ternura que siento por ti, el interés de

mi propia gloria, ¿me permitirían hacer tal sacrificio? ¿De qué vergüenza, de qué ignominia no me cubriría ante los reyes vecinos? ¿Me creerían digno de gobernar si supieran que una cobardía me forzó a abandonar lo más querido para mí? No es que yo no sepa que mis fuerzas son inferiores a las del enemigo con el que tendría que combatir. Pero me da seguridad la protección de los justos dioses, junto con la valentía de mis súbditos.

Fue en vano que la princesa Jaiven propusiera nuevas razones y nuevas lágrimas a la resolución del rey, su padre, de inmolar su vida y sus estados antes que consentir con los deseos de Tekels. En todo el reino se ordenó que se prepararan a tomar las armas. La diligencia no podía ser muy considerable. En efecto, apenas supo el rey de Tacuba por sus embajadores que no les quedaba más que la violencia para obtener a la princesa que quería por esposa, cuando, indignado por la resistencia que se opuso a sus deseos, se dirigió al campo de batalla a la cabeza de un innumerable ejército y avanzó en grandes jornadas al reino de Texcoco. Su objetivo era el de sitiar a Fardedondac en su capital misma, pero a la mitad del camino encontró a los enemigos que buscaba.

El rey de Texcoco, demasiado débil para resistir al feroz Tekels, se había fortificado con el socorro de 50 000 hombres que el rey de la Florida le había mandado de modo que su ejército se componía de 200 000 combatientes. Aunque el del enemigo era

mucho más numeroso, éste lo hubiera derrotado si la traición más negra no le hubiera asegurado la victoria.

Fardedondac, sabiendo por sus correos que los de Tacuba, guiados por su rey emprendían la marcha y no tardarían en aparecer, se apresuró a preparar a sus soldados para la batalla y a excitarlos a cumplir con su deber. En cuanto los dos ejércitos estuvieron el uno frente al otro, el combate se desarrolló con igual furor por ambas partes. El rey de Texcoco, tiernamente querido por sus súbditos, los vio realizar, con el mayor celo por servirlo, sorprendentes prodigios de valor, y él mismo hizo todo lo que se podía esperar de su experiencia y de la bravura de un guerrero entrenado en las armas.

Tekels, desesperado porque sus tropas, a pesar de la superioridad numérica, en lugar de aventajar, estaban siendo forzadas a ceder ante los esfuerzos de sus enemigos, hizo avanzar el cuerpo de reserva que comandaba y atacó tan brutalmente el ala derecha dirigida por Fardedondac, que la puso a punto de ser derrotada. Pero esto no duró mucho tiempo: Fardedondac no solamente recuperó el terreno que había perdido sino que, además, persiguió a sus enemigos hasta sus trincheras. Éstos no hubieran podido escapar a una derrota total si la noche no hubiera puesto fin al combate.

En esta primera acción, los dos ejércitos se excitaron mucho y no se separaron más que por la

seguridad de un nuevo enfrentamiento al día siguiente. Fardedondac no quería retirarse a su tienda; aun estando cubierto de sangre y de polvo y aun con una extrema necesidad de reposo, comenzó a hablar con sus generales para deliberar con ellos una nueva orden de batalla que evitara que los enemigos ganaran terreno. Y así fue que, al salir de este consejo de guerra el pérfido Zebrot, comandante en jefe de las tropas auxiliares, fue secretamente a hablar con el rey de Tacuba para darle a conocer las resoluciones que acababan de tomarse. Esta traición no terminó aquí. Corrompido por los ricos presentes que le hizo Tekels y por las grandes recompensas que le aseguró, prometió a este príncipe que una vez que la batalla comenzara, él se separaría con las tropas que dirigía y las haría regresar a la Florida. Así arregladas las cosas, se separaron.

Muy lejos de imaginar la desgracia que le amenazaba, el rey de Texcoco comenzó a alinear sus tropas para la batalla. El traidor Zebrot fue puesto a la cabeza del ala derecha con orden de encabezar el primer ataque. Así lo hizo, pero después de algunas pequeñas escaramuzas, destinadas a ocultar su perfidia, se le vio desaparecer con sus tropas. Tekels, quien esperaba esta deserción, no descuidó el terreno que se le abandonaba y sin esfuerzo, pudo rodear al enemigo. Fardedondac no perdió el valor. Aunque abandonado de estos aliados, no dejó de dar combate con la fiereza que hubiera asegurado la

victoria. Poniéndose a la cabeza de las que eran sus mejores tropas, lanzó el mayor ataque quitando de su paso todo lo que se le opusiera. Convencido de que el triunfo dependía de la muerte del cruel Tekels, decidió encontarlo; pero todos sus esfuerzos por llegar hasta él fueron vanos. Rodeado por la multitud, fue herido por varios golpes, después de haber sostenido casi solo los más duros ataques.

La muerte de este príncipe infortunado fue seguida de la derrota total de su ejército. Algunos oficiales al escapar del combate se refugiaron en Texcoco por caminos escondidos adonde llevaron la tristeza y el terror al divulgar la funesta noticia. Agregaron, además, que sin duda el vencedor, deseoso de continuar su victoria, se presentaría muy pronto a las puertas de la capital, por lo que deberían preparar una vigorosa defensa. Esta cruel noticia se conoció entre gritos y gemidos por toda la ciudad. La princesa Jaiven estaba entonces en el templo, en donde su piedad la hacía dirigir a los dioses sus más ardientes votos por la prosperidad de los ejércitos del rey, su padre. ¿Cuál sería su desolación al entenderse de la desgracia del príncipe? Su dolor, demasiado intenso para aligerarse con lágrimas, la hizo muy pronto perder el conocimiento. La palidez de la muerte se extendió en su rostro; sus ojos se cubrieron de espesas tinieblas. Su cuerpo quedó inmóvil y sólo mediante algunos remedios muy enérgicos se obtuvo algún signo de vida. Cuando se recuperó entera-

mente de su debilidad, los oficiales del palacio le dijeron que por su seguridad debía huir prontamente. Que estaban ciertos que ella podía pedir protección a Izcóatl, rey de México; que este príncipe generoso y amigo de la virtud ganaría gloria al unir sus intereses y vengarla.

—Pero piensa, señora —agregó el montero mayor—, que todos los momentos son preciosos y que el menor retardo puede exponerte a caer en manos del bárbaro Tekels. Que ese fiero tirano, inflamado por el éxito de sus ejércitos, avanza con fuerzas superiores a las nuestras y que todo lo que podemos esperar es que la resistencia que le opongamos te dará tiempo para escapar de su persecución. Es con mucho agradecimiento —respondió la princesa a los oficiales de su palacio— que reconozco las pruebas de su lealtad. Pero no esperen que consienta con esta huida precipitada que me aconsejan. ¿No es suficiente que haya sido la causa de la muerte de mi padre y de la de sus mejores soldados? ¿Sufriré todavía que un bárbaro tirano inmole a su furor nuevas víctimas por mi causa? ¿Y que en mi presencia inunde esta capital de sangre y de cadáveres? ¿Mi vida y reposo deben parecerme preferibles a la salud de mis fieles súbditos? Ah, para ahorrarles los males que los amenazan, me verán salir al encuentro del cruel Tekels y entregarme yo misma en sus brazos. Con mi sumisión y mis lágrimas trataré de suavizar la dureza de su corazón. Debería cargarme de cadenas y yo las

llevaría sin pena puesto que no temo padecer por la libertad de mi pueblo.

Tales eran los generosos sentimientos de esta incomparable princesa. El amor por sus súbditos la hacía insensible a sus más preciados sentimientos. También ellos la amaban muy tiernamente y por ello impidieron su sacrificio. Los principales oficiales del palacio la forzaron de alguna forma para dejarse conducir al territorio del rey de México y, para que nada retardara su marcha, le aconsejaron ir acompañada únicamente por una esclava.

Entre las mujeres que servían a la princesa había una que era su predilecta y su confidente. Artemire —así se nombraba esta bella esclava—, quien había ganado la estimación y la gracia de la ilustre Jaiven por mil cualidades que la hacían objeto de admiración y que desmentían la bajeza de su condición. Los atributos de su cuerpo correspondían a los de su corazón y espíritu. En efecto, todos estaban de acuerdo en que sólo la princesa de Texcoco superaba en belleza a esta joven esclava. El cariño que profesaba a su ama le brindó la oportunidad de acompañarla en la huida. Al obtener lo que deseaba, se le previno que al día siguiente se pondrían en marcha para llegar prestamente a las fronteras de México.

Mientras tanto, el rey de Tacuba no había perdido el tiempo. Persuadido de que, después de la victoria que había obtenido, no tenía más que presentarse a las puertas de la capital para que le

fueran abiertas, marchó hacia ellas a una velocidad increíble. Lo primero que hizo fue exigir a los habitantes la rendición y la entrega de su princesa, amenazándolos con las mayores crueldades y la reducción de su ciudad a cenizas si oponían la mínima resistencia. Era preciso que sus amenazas rindieran el efecto esperado. Y como apenas habían pasado dos horas de la partida de la princesa y había el peligro de que ésta cayera en manos de Tekels —pues nada impedía a este cruel tirano perseguirla—, le respondieron que iban a prepararse para recibirlo lo mejor posible y que no imaginara que sus amenazas podían asustar a gente dispuesta a regar hasta su última gota de sangre para vengar la muerte de su rey.

Tekels, que se ufanaba de que su sola presencia bastaría para que se sometieran, indignado de ver fallidas sus esperanzas no consultó más que a su rabia y a su furor. Haciendo avanzar sus tropas y disponiéndolas de tal manera que cerraran todos los pasajes, dispuso todo para un ataque general, y quiso que no se respetara ni sexo, ni edad, ni condición. Sus crueles órdenes fueron ejecutadas con una barbarie de la que la historia nos da pocos ejemplos. Los infelices habitantes de Texcoco resistieron durante algún tiempo y aun intentaron algunas salidas que costaron un gran número de vidas entre los de Tacuba; pero éstos se vieron reforzados a cada instante con tropas nuevas destinadas a reemplazar a las que habían quedado fuera

de combate, y finalmente hicieron replegarse a los enemigos y los persiguieron de barrio en barrio, haciendo una matanza tan terrible que todas las calles se encontraron llenas de muertos y moribundos. Tanto los que habían tomado las armas como los que no las llevaban, mujeres, niños, viejos, todos fueron sin diferencia inmolados a la bárbara ira del cruel Tekels. Sólo quedaba por rendirse el palacio, donde el tirano esperaba encontrar encerrada a la princesa Jaiven. Júzguese cuál fue la desesperación de éste cuando, después de una inútil búsqueda, tuvo la seguridad de que la princesa había huido. Y lo que colmó su rabia fue no poder descubrir el camino que había tomado. Fue inútil que con los más rigurosos tormentos tratara de arrancar a las servidoras algún indicio de lo que deseaba saber. Viendo que no podían o no querían satisfacer su curiosidad mandó que les cortaran la cabeza a todas. Después de esta escena sanguinaria, formó algunos destacamentos de sus tropas a los que ordenó perseguir a la princesa fugitiva y, para evitar que escapara, los hizo tomar diferentes caminos. La suerte quiso que el destacamento que dirigía el rey tomara el camino a México. Hubiera sido el fin de la princesa de Texcoco si la generosidad de la joven esclava que la acompañaba no la hubiera sacado de apuros.

La noche comenzaba a caer cuando algunos correos de Tekels llegaron a avisarle que acababan

de descubrir en un bosque una escolta de gente armada y que creían haber escuchado voces de mujeres.

Con tal noticia, el rey de Tacuba, traspasado de alegría con la persuasión de que estas personas armadas no podían ser otras que los conductores de la princesa, hizo redoblar el paso al destacamento que comandaba. Pero a pesar de toda su diligencia, no pudo llegar al bosque antes de que las tinieblas de la noche se espesaran, de tal modo que no se podía distinguir ningún objeto. Este obstáculo lo hizo esperar hasta que amaneciera para no exponerse a caer en alguna trampa de la que no hubiera podido salvarse.

Mientras tanto los oficiales que conducían a la princesa Jaiven estaban indecisos sobre el rumbo que tomarían. El ruido que martillaba sus oídos no les permitía dudar que eran perseguidos de cerca, y que no tardarían en ser atacados en cuanto la aurora despuntara. Lo que aumentaba su dolor era prever que, a pesar de cualquier esfuerzo, les arrancarían a la desgraciada princesa a la que habían aconsejado huir.

A la generosa Artemire, intensamente asustada por el peligro que amenazaba a su querida ama, se le ocurrió una estratagema cuyo éxito le pareció infalible.

—Yo te ruego, señora —dijo esta joven esclava a la princesa— que no me niegues la gloria de asegurar tu libertad. Estoy segura de que si consientes

con los deseos que los dioses acaban de inspirarme, yo te procuraré un medio seguro para engañar fácilmente al bárbaro Tekels. Afortunadamente, ese tirano no te conoce muy bien y esto me garantiza el éxito del engaño que tramo. Consiente solamente en vestirte con las ropas que traigo y dame las tuyas. Gracias a este disfraz, podrás continuar tu viaje con la mayor seguridad, mientras yo tomaré aquí tu lugar. Las gentes que el rey de Tacuba ha enviado contra ti, no tardarán en aparecer antes de que el día apunte. Los ropajes con los que me encontrarán no les dejarán dudas de que soy la princesa a la que tienen orden de perseguir y, por mi parte, no haré nada que pueda sacarlos de su error.

—No, mi querida Artemire; no, le respondió la princesa—: yo no puedo consentir en ese disfraz del que tu amor te oculta las graves consecuencias. Porque, en fin, no es evidente que tu estado pueda ser escondido mucho tiempo al tirano del que nos quieres librar, y qué crueles tratos no te hará sufrir cuando conozca el engaño con el que fui sustraída a su pasión.

—Piensa entonces, señora —replicó Artemire— si esos castigos, por crueles que sean, podrían asustarme. Si ese bárbaro tirano me hace perder la vida con los tormentos más espantosos, yo me felicitaré en vez de quejarme de mi suerte. Me aplaudiré a mí misma por haber desviado a costa de mi vida la desgracia que amenaza a mi buena ama.

El montero mayor y los demás oficiales que acompañaban a la princesa, encantados de los sentimientos de la bella Artemire, le tributaron las mayores alabanzas y convinieron en que esa estratagema no podía fracasar. Pero, para mejor asegurar el éxito, decidieron que sólo dos de ellos escoltarían a la princesa y que los otros se quedarían cerca de la joven esclava a la que rendirían los honores debidos a la persona que iba a representar. Una vez así arregladas las cosas, la princesa de Texcoco y su fiel esclava cambiaron los ropajes. La proximidad del momento de la separación las hizo llorar. Nada igualaba, sobre todo, el dolor de la princesa. Imaginaba a su querida Artemire abandonada al furor del tirano irritado, que saciaría en ella mediante los tormentos más refinados su bárbara venganza, y eso provocaba que se deshiciera en llanto.

—Muy generosa, Artemire, le dijo, estrechándola en sus brazos y acariciándola tiernamente ¿Cuántos llantos y gemidos, qué tristezas mortales no va a costarme la espantosa incertidumbre de tu triste suerte? Puedes estar segura de que si yo obtengo la felicidad de interesar al rey de México en mi favor, haré lo posible para que este príncipe venga a arrancarte de los brazos del tirano al que vas a entregarte.

—¡Ah! Piensa, divina princesa —respondió la bella esclava—, que debes ocuparte de cosas más importantes. Tienes que vengar la muerte de tu padre y librar a tus súbditos de la opresión bajo la cual

el cruel Tekels los hará gemir. En cuanto a mí, cualquiera que sea el destino que me espere, no desearía más que saber que, restablecida en tus estados, tú reines en paz.

La princesa de Texcoco no respondió a la joven esclava más que con llanto que redobló con más sentimiento todavía cuando fue necesario separarlas.

Los dos oficiales que debían escoltarla la condujeron por caminos escondidos, y después de una marcha precipitada de quince días llegaron a las fronteras de México, sin que ningún accidente desagradable interrumpiera su viaje. Veremos de qué manera esta ilustre princesa fue recibida en la corte de Izcóatl cuando relate lo que le sucedió a su generosa esclava.

Apenas se disiparon las sombras de la noche, el impaciente Tekels ordenó a su gente montar a caballo y, poniéndose a la cabeza, los condujo al bosque a la entrada del cual habían pasado la noche. No habían andado mucho cuando llegaron al lugar en donde se encontraba la bella Artemire.

Los magníficos vestidos que llevaba, el respeto con que la trataban los oficiales que la acompañaban, su parecido con la princesa fugitiva no permitieron al rey de Tacuba dudar de que la que se presentaba ante sus ojos no era verdaderamente la princesa de Texcoco; y lo que alimentó su error fue el falso dolor que Artemire aparentó desde que él se le aproximó. Fingiendo que la desesperación la ponía fuera de sí,

hacía resonar el aire con sus gritos, desgarraba sus vestidos, se arrancaba los cabellos, se golpeaba el rostro; después, provista con un puñal, amenazó con clavárselo, cuando un oficial que la acompañaba la desarmó.

Mientras tanto, el rey de Tacuba, frío ante una escena tan conmovedora, y sin detenerse para enjugar el llanto de la falsa princesa, le ordenó rudamente que se dispusiera a seguirlo, y al mismo tiempo mandó encadenar a los oficiales que custodiaban a la supuesta princesa de Texcoco. Tekels, incapaz de contener el fuego que la vista de la bella Artemire había encendido en su alma, quiso asegurar su felicidad desde ese mismo día y le habló, no como amante, sino como un amo que no puede tolerar la mínima resistencia a sus deseos.

La fingida princesa, asustada de los peligros que amenazaban su inocencia, siguió con el recurso de la simulación. Disfrazando los sentimientos de odio que sentía contra el rey de Tacuba, le dijo que, lejos de rehusarse a darle la mano, estaría encantada de unirse a él con lazos indisolubles; pero que le suplicaba esperara que estuvieran de regreso en la capital de su país para celebrar la ceremonia de matrimonio con la pompa conveniente al ilustre rango que él le destinaba y, arrojándose al mismo tiempo a sus pies, agregó que no se levantaría hasta que no le concediera la gracia solicitada con las más vivas súplicas. Algunas lágrimas derramadas por la bella esclava

obtuvieron lo que ella deseaba. Tekels se dejó convencer y consintió en que su felicidad se pospusiera algunos días. Era preciso que Artemire lo dejara el mayor tiempo posible en este error. Temblando más por su inocencia que por su vida, estaba dispuesta a dar a conocer a Tekels, en cuanto llegaran a Tacuba, la artimaña que había empleado para salvar a la princesa de Texcoco, no dudando que el príncipe, indignado por el engaño, convertiría en odio el amor que le había inspirado. Pero este misterio fue descubierto en parte por los mismos oficiales que Tekels, como ya dije, había enviado a la corte de Fardedondac con el título de embajadores. Ellos habían visto en repetidas ocasiones a la princesa Jaiven rápidamente descubrieron que la esclava había tomado su lugar. Así, Artemire no pudo embaucarlos con su disfraz. La sorpresa que experimentaron al verla fue tan grande, que Tekels, allí presente, quiso conocer la causa. Ellos le hicieron saber que la joven que aparecía ante sus ojos no era la princesa de Texcoco.

La generosa Artemire, sin intimidarse por los peligros que iba a afrontar, no esperaba sino que el rey de Tacuba la interrogara para descubrir lo que había planeado decirle:

—No, príncipe —le dijo fluidamente— yo no soy la ilustre princesa que tú deseabas para esposa. Soy solamente su esclava, pero el honor de pertenecerle me parece preferible a todos los rangos deslumbrantes

que tú puedas ofrecerme. Acaba de ejecutar en mí tu bárbara venganza. Soy yo, no temo declarártelo, quien ha librado a la incomparable princesa de tus deseos. Iba a caer en tus manos cuando, inspirada por la ternura que le profeso, le aconsejé que cambiáramos de ropa. Este disfraz ha tenido el éxito que me prometí. Si te mantuve hasta ahora en tu error fue para que mi querida dueña estuviera fuera de tu persecución. Ve, si lo deseas, a buscarla a la corte del rey de México; verás muy pronto que este príncipe generoso va a vengar en tus territorios las crueldades que has cometido sobre un pueblo inocente. ¡Bárbaro! No te queda más que hacerme sufrir lo mismo que a mis desafortunados compañeros. Ordena a tus crueles servidores que me arranquen la vida y no temas mojar tus propias manos en mi sangre.

Tekels, inundado de rabia por la trampa de la joven esclava, extremó su insolencia hasta desafiar a sus seguidores y ordenó que Artemire fuera encerrada en una torre en donde se le conservaría la vida solamente para hacerla sufrir cada día nuevos tormentos. Pero esta feroz venganza no le devolvió a la princesa de Texcoco. Y lo que colmaba de desesperación al cruel Tekels era que Izcóatl, rey de México, a quien la princesa Jaiven había implorando protección, era demasiado poderoso para que el rey de Tacuba osara combatirlo. La astucia sustituyó a la fuerza y la valentía. Doce tacubenses motivados por los ricos regalos que les hizo su rey y, más aun, por

las grandes recompensas que les ofreció se comprometieron a raptar a la princesa y entregársela. Para esto, se presentaron en México en donde permanecieron escondidos hasta encontrar la ocasión de ejecutar su proyecto.

Mientras tanto, la princesa de Texcoco había llegado a la corte de Izcóatl. Este gran príncipe, más notable por sus virtudes que por su poderío, recibió a la princesa con todos los honores y distinciones debidas a su rango.

Bastaba su situación para grangearse el derecho de ser protegida por este ilustre príncipe, quien también le prometió que no solamente le devolvería sus estados, sino que no depondría las armas hasta no vengarla del bárbaro Tekels. La princesa Jaiven no olvidó a su querida Artemira, y tantos elogios hizo de ella ante el rey de México, que éste, encantado al conocer la generosidad de la bella esclava, prometió ir él mismo a arrancarla de manos del rey de Tacuba.

El mismo día en que llegó la princesa de Texcoco a la corte de México, Izcóatl celebraba una magnífica fiesta en ocasión de la gloriosa victoria que por su valor había obtenido sobre varios reyes, a los cuales no concedió la paz hasta que aceptaron pagarle un tributo.

Fue en esa fiesta que la princesa Jaiven hizo gala de sus encantos y conquistó a más de uno de los asistentes: Tobilos, el hijo mayor del rey de México, a quien hasta entonces sólo le había importado el

deseo de gloria, desde que vio a la princesa de Texcoco se inflamó en el más apasionado y tierno de los amores. Pero, si él perdió su indiferencia, quien se la hizo perder tampoco conservó la suya mucho tiempo. El príncipe mexicano exteriorizaba tanta amabilidad que la princesa Jaiven se conmovió por el amor que había inspirado, y que sólo se manifestaba con muestras de respetuoso homenaje.

Entre tanto Izcóatl se disponía a ejecutar las promesas hechas a la princesa de Texcoco.

Ya había dado órdenes para que sus mejores tropas se alistaran a partir, y había dispuesto marchar él mismo a la cabeza e ir a atacar al rey de Tacuba en su propia capital. Había también decidido que Tobilos permanecería bajo las órdenes del rey, su padre; Pero este joven príncipe creyó que, por su amor, debía exigir la comandancia general del ejército mexicano, porque no podía permitir que otro tuviera la gloria de devolver sus estados a la princesa de Texcoco y vengarla de su enemigo.

Pero, antes de hacer cualquier trámite ante su padre, creyó conveniente solicitar el consentimiento de la princesa. Estando, pues, ante ella, se enteró de que el ejército que debía conducir contra el rey de Tacuba no tardaría en entrar en campaña, que este ejército totalmente integrado por oficiales y soldados animados por un gran entusiasmo, morían de impaciencia por luchar contra los enemigos.

—No dudes, señora —agregó el príncipe mexicano— que es la gloria de combatir por tus intereses lo que inspira a todos nuestros valientes guerreros. Envidioso de esta gloria, yo quisiera merecerla solo, y tengo la tristeza de ver a mi padre resuelto a dejarme una débil parte. ¡Ah, señora! Permite que te ruegue que intercedas en mi favor. Pídeles para mí la gracia que satisfará todos mis deseos. Que consienta en que yo solo sea el encargado de dirigir su ejército. Mi amor, que reanimará mi valor, responderá del éxito de mi empresa. ¿Rehusarías poner tus intereses en mis manos? Permite que sea yo quien tenga el honor de poner a tus pies la cabeza de tu enemigo y agregar a tus estados los del fiero tirano.

Así partió el hijo de Izcóatl. La princesa de Texcoco le respondió con gratitud, y le expresó el reconocimiento más vivo y conmovedor. Pero lo que invadió de júbilo al príncipe mexicano fue que las miradas de la princesa le decían lo suficiente para ufanarse de haber tocado el fondo de su corazón. Si ella aceptó solicitar para él la comandancia general de las tropas, fue sólo después de haberle rogado que moderara su valor, y que recordara en todos los peligros adonde su valor lo condujera, que si quería agradarla, debía cuidar la integridad de su vida.

No resultó muy difícil para la princesa obtener de Izcóatl la gracia que le pidió. Este príncipe, que ya había advertido con agrado el amor que su hijo sentía por la incomparable Jaiven, quedó encantado de que

él solo tuviera la gloria de restablecer a esta princesa en sus estados, y si había aceptado que su hijo estuviera a la cabeza de los ejércitos mexicanos era porque había previsto que Tobilos no dejaría de pedir el mando. Así fue que lo concedió alegremente, no dudando que el amor impulsaría al joven héroe a hacer prodigios de valor y cuya mejor recompensa sería la princesa de Texcoco.

Así, decidióse que Tobilos sería el comandante en jefe de todas las tropas ya alistadas y prestas a marchar contra el enemigo. Pero un acontecimiento que sembró la tristeza en toda la corte apresuró la partida del ejército.

Los doce tacubenses que habían prometido a Tekels raptar a la princesa Jaiven y ponerla en sus manos, no encontraron mayor dificultad para realizar su empresa. Llegados a México, se alojaron en una casa en la que estuvieron ocultos durante algunos días, lo que no les impidió recibir informes de un espía sobre todo lo que acontecía en la corte. El pérfido mexicano al que se habían ganado mediante generosas promesas, díjoles un día que la princesa de Texcoco iría a un templo fuera de la ciudad y que se haría acompañar únicamente por algunas mujeres que la servían. Juzgaron que no podía presentarse una ocasión más favorable a sus deseos y resolvieron aprovecharla. Para este efecto se vistieron con la indumentaria mexicana, y tomaron el camino del templo indicado.

No esperaron mucho tiempo para verla aparecer, sin más acompañamiento, tal como se les había prevenido, que el de un pequeño número de mujeres que no sospechaban la desgracia que la amenazaba. La virtuosa princesa de Texcoco, retenida por su piedad en el templo, salió al caer la noche. Apenas había dado algunos pasos cuando, de repente, la detuvieron doce hombres armados que, después de haber masacrado inhumanamente a las mujeres que trataban de huir, se apoderaron de ella y huyeron a tal velocidad, que cuatro días les bastaron para llegar a Tacuba.

Tekels, que no se había atrevido a pensar que su empresa podría tener tan feliz desenlace, los llenó de grandes recompensas por el servicio que acababan de prestarle.

—¿Pensabas, señora —dijo a la desgraciada princesa de Texcoco, en cuanto la tuvo enfrente— que la corte de Izcóatl sería un refugio del que no podrías ser arrancada? Si hubieras pensado en tus verdaderos intereses, en lugar de huir de mí debiste haber venido en persona a arrojarte a mis brazos. ¿Ignoras el eminente rango que mi amor te destinaba? ¿No te informaron mis embajadores que mi propósito era de hacerte reinar conmigo?

—¿Pero cómo te imaginaste, bárbaro? —le respondió fieramente la princesa— pensabas que yo hubiera consentido en ser elevada a un trono construido sobre tus violencias y tus crímenes? ¿Habría

sido yo tan indigna como para recibir tu mano todavía chorreando la sangre de mi padre? Además sería muy aventurado de tu parte pensar que disfrutarías por mucho tiempo los resultados de tu crueldad. Los justos dioses, protectores de la inocencia, harán que encuentre generosos defensores, deseosos de la gloria de la venganza.

Aunque aparecieran esos defensores generosos —respondió el rey de Tacuba—, mientras se presentan ante mis ojos, recuerda que si no consientes con todos mis deseos, mi amor por ti va a transformarse en furia. Hoy mismo unes tu suerte a la mía, o me forzarás a cambiar mi felicidad en violencia. Eres tú quien escogerá el rango de reina o el de esclava.

La princesa de Texcoco, bajo la amenaza de convertirse en pocas horas en la infortunada víctima de la brutal pasión del tirano, se arrepintió de haber enfurecido al rey y, para reparar su falta, se arrojó a sus pies, los regó de lágrimas, y le imploró que le concediera tiempo para calmar su dolor y reflexionar sobre el mejor rumbo a tomar.

—¿Quién sabe —dijo la afligida princesa— si el tiempo y la reflexión no cambiarán mi corazón? Soy sensible al agradecimiento y me obligarán en tu favor la complacencia y las atenciones que tendrás para mí. ¿Hay mayor felicidad que la que se debe a un mutuo amor?

Estas palabras fueron pronunciadas en un tono tan persuasivo y tan sentimental, que obtuvieron lo

que deseaba la princesa. Tekels, enternecido, consintió en que su matrimonio fuera retardado ocho días y quiso que durante ese tiempo la princesa fuera tratada con todo el respeto debido a su jerarquía. Pero como temía que fuera raptada, o que ella encontrara el modo de escapar si no se la tenía a la vista, la rodeó de una numerosa corte compuesta por personas encargadas de seguir todos sus pasos.

Mientras el rey de Tacuba cerraba el cerco a la posesión la princesa Jaiven, en México se tomaban las medidas más apropiadas para liberarla. En cuanto la noticia de su rapto llegó a los oídos de Tobilos, éste se puso a la cabeza de un destacamento de caballería y marchó sin pérdida de tiempo a la persecución de los doce tacubenses que se habían llevado a la infortunada Jaiven. Pero los tacubenses, para no caer en manos de los mexicanos, siguieron rutas desconocidas y de ese modo evitaron caer en manos del príncipe mexicano, de suerte que después de dos días de una búsqueda inútil, Tobilos vióse obligado a volver sobre sus pasos. No dudando que la princesa estaría en poder de Tekels, resolvió marchar directamente a Tacuba y hacer que sus tropas actuaran con tanta diligencia que atacaran a su enemigo sin que éste pudiera defenderse. En efecto, apenas estuvo de regreso a México, se puso a la cabeza de más de 400 mil combatientes. La llegada imprevista de tal número de efectivos a las fronteras del rey de Tacuba difundió por doquier el terror y el pánico. Todas las ciudades que se encontraban al paso

del príncipe mexicano se sometieron a su ley. Una sola osó oponer cierta resistencia, pero el joven héroe la atacó con tanto vigor que fue obligada a someterse y sólo pudo salvarse de la ruina total implorando la clemencia del vencedor. Como todo cedía a su favor por la fuerza de las armas, Tobilos llegó en pocos días a las puertas de Tacuba.

Su primera tarea fue embestir esta magnífica capital que, aunque de inmensa extensión, estaba tan estrechamente cercada que se necesitaba gran temeridad para tomarla. Pero Tekels había reunido demasiadas tropas para que Tobilos osara jactarse de inutilizar los esfuerzos de sus enemigos.

El príncipe mexicano había dictado las disposiciones necesarias para un asalto general y determinó no ceder hasta haber propuesto a Tekels un arreglo, cuyos principales artículos eran la liberación de la princesa Jaiven y la restitución de sus estados. Cumplidas esas dos condiciones, las tropas mexicanas regresarían hacia su país.

El heraldo de armas enviado al rey de Tacuba expuso su comisión. El príncipe le respondió que no deseaba que el ejército mexicano se alejara tan prontamente; por lo contrario, estaba encantado de verlos acampar en los alrededores de su capital y por lo que se refiere a la princesa de Texcoco:

— Le dirás al rey tu amo —agregó— que quiero procurarle el placer de verla, que podrá también raptarla y que todo el reconocimiento que exijo de

él es que, antes de decidirse por el partido que tomará, espere a que la princesa haya aparecido ante sus ojos.

Al recibir esta respuesta de Tekels, el príncipe mexicano imaginó que Jaiven había sido sin duda inmolada por la brutal pasión del rey de Tacuba y que si consentía en que se llevara a la desgraciada princesa era porque no sentía por ella sino indiferencia. ¡Qué ajeno se encontraba Tobilos de sospechar la bárbara escena que Tekels preparaba!

Este tirano había ordenado que se levantara un tablado sobre una loma y que se le cubriera de ricos tapices. Avisó entonces al príncipe mexicano que podía presentarse en un cierto lugar que le señalaría y que desde allí podría disfrutar tranquilamente el placer de ver a la encantadora princesa de Texcoco. Tobilos, vacilando entre el temor y la esperanza, voló con denuedo al lugar que se le había designado, seguido por un numeroso destacamento de soldados de valor comprobado.

El primer objeto que se ofreció a su vista cuando comenzó a acercarse a los muros de la ciudad fue una especie de plataforma sostenida por ricas columnas a la que se llegaba por una larga galería cubierta. Avanzó con parte de su grupo hacia la colina desde la que se divisaba un extenso panorama, y antes de media hora, el aire resonó con el sonido de múltiples instrumentos de guerra. Muy pronto vio salir de las puertas de la ciudad a una gran multitud de tacubenses

repartidos en diferentes cuerpos, que se ordenaban en posición de batalla a poca distancia del lugar escogido para escenario de su furia ciega.

En cuanto todo estuvo listo para la ejecución del proyecto preparado por su crueldad, se vio aparecer sobre el tablado a una joven vestida con los mismos atuendos que portaba la princesa Jaiven cuando fue raptada a la salida del templo. Tobilos, no pudiendo dudar de que aquélla era verdaderamente la princesa de Texcoco, se precipitó en su socorro, resuelto a perecer o a llegar hasta ella con las armas en la mano. Pero apenas había dejado su puesto, cuando a la que se proponía liberar fue herida por quienes ejecutaban las crueldades del bárbaro Tekels.

No trataré de expresar a qué transportes de furor se entregó el príncipe mexicano al ver tan terrible escena. El justo enojo que lo dominaba no le permitió poner límites a su sed de venganza y como todas sus disposiciones estaban previstas para un ataque general, decidió llevarlo al cabo en ese mismo instante. Para animar a sus tropas, les prometió el pillaje de la ciudad y dio la orden de matar indistintamente a todos los habitantes.

La vigorosa resistencia que opusieron los tacubenses, animados por el ejemplo de su rey, no sirvió más que para duplicar el valor de las tropas mexicanas, a quienes el deseo de la gloria, unido a la esperanza de enriquecerse, los condujo a los más sorprendentes prodigios de valor. Se veía al joven

héroe que los comandaba destacarse por una bravura que le hacía afrontar los más grandes peligros y que lo llevaba a todos los lugares en donde el combate se encendía con la mayor fiereza. El rey de Tacuba, por su parte, dispuesto a perecer mil veces antes que entregar la capital que causaría la pérdida de todos sus estados, se había puesto a la cabeza de una tropa de intrépidos guerreros resueltos desde el principio a esforzarse en todo, seguros de que nada se les resistiría; e impertérritos avanzaron dentro de las trincheras enemigas, donde hicieron una terrible matanza. Sin embargo, no llevaron muy lejos su temeridad. Tobilos, impaciente por enfrentarse al bárbaro Tekels, y furioso ante la posibilidad de que otro le quitara la gloria de matar al tirano, no se enteró de lo que ocurría, y seguido de su guardia ordinaria, llegó al lugar donde los tacubenses combatían con su rey.

Tobilos arremetió contra la tropa enemiga con tanto ímpetu y furia que destrozó a casi todos. Desesperado Tekels porque la victoria se le escapaba en el momento en que la creía más segura, trató de huir, pero a pesar de su precipitación, no pudo librarse de la muerte.

El príncipe mexicano, en su vehemente persecución lo encontró muy pronto. Fue en vano que el rey de Tacuba reuniera todas sus fuerzas y su valentía para hacerle frente. Apenas se puso en guardia para defenderse, fue herido por varios golpes que le

quitaron la vida. La noticia de la muerte del tirano no tardó en llegar a la afligida ciudad; los tacubenses ofrecieron abrir las puertas, y prometieron someterse a todas las exigencias que los vencedores quisieran imponerles, pero la rendición no libró a la ciudad del pillaje. La venganza del príncipe mexicano no se detuvo ahí. Quiso que todas las mujeres y esclavas del rey de Tacuba fuesen inmoladas en honor de la princesa Jaiven y que se incendiara el palacio. ¿Podría imaginar Tobilos que su amor lo obligaría a revocar sus órdenes? Ya había ordenado forzar las puertas del serrallo donde las mujeres de Tekels estaban encerradas, cuando una joven dama, vestida lujosamente, vino a decirle que de él dependía que la princesa Jaiven se rindiera a su ternura, y que ella misma se la entregaría.

—Príncipe, no dudes —añadió— que no pueda realizar la promesa que te hago; pero con la condición de que salves la vida de las víctimas inocentes que te propones sacrificar a tu venganza. Ordena a tus soldados que se alejen del palacio y pronto verás aparecer ante tus ojos a la incomparable princesa de Texcoco. Bástete que el rey de Tacuba, mi hermano, haya caído bajo tus golpes. La misericordia te permite ahorrar la sangre de un grupo de mujeres que no han tomado parte en estos crímenes.

Júzguese el asombro con que el príncipe mexicano recibió estas palabras. ¡Cómo persuadirse de que

aquella que vio nadando en sangre podía ser llamada a la vida! Pero la sorpresa del príncipe provenía de que ignoraba la treta que Tekels había usado para engañarlo, y que muy pronto la conocería de los labios de la misma princesa Jaiven. Aunque no podía ni siquiera concebir la esperanza de volver a verla, suspendió la orden de muerte contra las mujeres y las esclavas del rey de Tacuba, y ordenó que se retiraran las tropas que esperaban a la entrada del palacio y las que habían entrado con él. Sólo se hizo acompañar por algunos de sus principales oficiales. Zaide (es el nombre de esta joven princesa que acababa de solicitar la clemencia de Tobilos en favor de las mujeres del rey de Tacuba, su hermano), al obtener del príncipe mexicano lo que deseaba, se apresuró a procurarle el enorme placer que le había prometido y, para ello, lo condujo a una torre que encerraba lo que el príncipe más amaba en la vida. Sólo considerando el furor y la desesperación a los que se había entregado poco antes, podemos imaginar la alegría que lo embargó cuando tuvo a la vista a la encantadora princesa de Texcoco.

—Justos dioses —gritó, invadido por un asombro que lo hacía dudar si debía rendirse a la evidencia de sus ojos— ¡quieres engañarme con una ilusión que me hechiza! Pero no, la voz de mi corazón me dice que mis sentidos no me engañan. ¡Cielos! ¡Dime por cuál milagro devuelves a mis deseos el divino objeto de mi ternura!

La princesa Jaiven, por su parte, no esperaba ser liberada sino para ser inmolada a la saña y a la brutal pasión del cruel Tekels, y no mostró menor sorpresa que la de su libertador.

—Príncipe generoso, dime qué feliz designio del cielo hace que mis ojos gocen el dulce placer de volverte a ver. ¿No tengo ya que dudar de la violencia de mi bárbaro perseguidor?

—¡Cómo! ¿Podrías dudar, señora —respondió el príncipe de México— que los dioses protectores de la inocencia combatieran por ti? Si su socorro todopoderoso es mayor que mi débil brazo que acaba de librarte del tirano que te retenía en estos lugares.

¡Y en pocas palabras contó todo lo sucedido desde el momento en que fue raptada, hasta aquel en que inesperadamente había tenido el consuelo de verla plena de vida después de creerla muerta.

¡Esta última circunstancia hizo verter a la princesa un torrente de lágrimas.

—¡Muy generosa Artemire —gritó— eres tú, sin duda, quien ha sido sacrificada por mí; es tu amor lo que te entregó a una muerte tan cruel... ¡Ay! Si lo hubiera imaginado no te habría arrancado de mis brazos ese tirano inhumano que te había condenado a ocupar mi lugar en la plataforma.

Éste fue un misterio que la princesa de Texcoco no pudo revelar al príncipe de México sin verter nuevas lágrimas. Explicóle que el rey de Tacuba, sabiendo que se pensaba atacar a su capital, ordenó

que la condujeran a la torre en donde la fiel Artemire había sido encerrada; que, al día siguiente, el tirano fue a la torre y las obligó a cambiar ropas, y entonces entregó a Artemire a algunos de sus servidores. La princesa terminó su discurso agregando que fue en vano que ella se arrodillara a los pies del cruel Tekels para suplicarle que no la separara de su fiel esclava. Que el tirano no sólo se mostró insensible a sus ruegos, sino que la apartó bruscamente de su camino y la amenazó con darle un trato espantoso si en su siguiente visita no la encontraba dispuesta a obedecer sus deseos.

La conclusión que el príncipe mexicano sacó de este discurso fue que sus ojos lo engañaron por el cambio de vestiduras que le acababan de relatar, y por el gran parecido que existía entre la princesa de Texcoco y Artemire. Aunque conmovido por la muerte de esta generosa esclava, Tobilos estaba seguro de que no había sido inútil, puesto que al excitar su desesperación, le había ayudado a apresurar la liberación de la ilustre Jaiven. El príncipe de México hizo saber a Jaiven que, gracias a la princesa Zaide, la liberaron y dejaron con vida como consecuencia del ruego que Zaide le dirigió y que lo hizo revocar la orden de convertir el palacio en cenizas.

En esta ocasión, Zaide afirmó que la violencia de su hermano el rey la horrorizaba y que frecuentemente lo prevenía de las desgracias que lo amenazaban si no dejaba en libertad a la princesa de Texcoco

y le restituía todo lo que injustamente le había arrebatado, pero que todos sus ruegos habían sido inútiles. En seguida, dirigiéndose a la princesa Jaiven, le expresó con los elogios más graciosos su alegría por el cambio de fortuna.

Qué diferente hubiera sido todo si Zaide se hubiera conservado dentro de los mismos sentimientos! Pero ¡ay! Estaba escrito que unos celos funestos derramarían su veneno mortal en su sangre. ¿Quén hubiera podido imaginar que iba a enamorarse tan violentamente de un príncipe que se presentaba ante ella con las manos todavía manchadas por la sangre de su hermano? Pero inútilmente trató de combatir el fatal sentimiento que la invadía; la vista del príncipe mexicano había provocado en su corazón tan tiernos y vivos sentimientos, que lo único que pudo hacer fue mantener oculto el amor ardiente que la inflamaba.

Continuemos.

El paciente Tobilos, ocupado solamente en complacer a la ilustre princesa de Texcoco, imaginó mil fiestas galantes para distraerla del dolor que le causaba la muerte de su querida Artemire. Zaide actuaba de la misma manera. Secundaba con tanta diligencia los empeños del príncipe mexicano que en el corazón de la princesa Jaiven comenzó a resurgir la alegría. Encantada de las bellas cualidades de la princesa de Tacuba, no tardó en entregarle su confianza y su amistad más sinceras. Era lo que la princesa Zaide

deseaba ardientemente. ¿Qué podría pasarle, en efecto, que coincidiera mejor con los intereses de su secreta pasión, tan desenfrenadamente violenta que no le permitía vivir alejada del amable príncipe por quien su corazón se había inflamado? Ella encontraba, afortunadamente, en los sentimientos de ternura de la princesa de Texcoco, que no quería alejarla de ella, un pretexto para no separarse del príncipe de México; porque, aunque no dudaba de la generosidad del príncipe para devolverle los territorios que acababa de conquistar, su plan entretanto, era el de aprovecharse de la generosidad del príncipe. Sólo interesada en su amor, estaba resuelta a sacrificar todo con la esperanza de compartir algún día con la princesa Jaiven el amor del príncipe mexicano. ¿Qué extrañas desgracias se habrían evitado si hubiera renunciado a tal proyecto, tan contrario a su tranquilidad?

Regreso a la princesa de Texcoco.

Impresionada por los tiernos y respetuosos homenajes que le rendía el príncipe mexicano, cada día más dispuesto a complacerla, había consentido en realizar sus deseos y comprometer su fe en cuanto la restableciera en el trono de su padre. Cuando se disponía a tomar el camino hacia sus estados fue afectada de una enfermedad tan violenta, que se temió por su vida. El temor que esta enfermedad causó al príncipe mexicano iba de acuerdo con su ternura. Fue inútil que los médicos trataran de disimular los peligros a que estaba expuesta la vida

de la princesa. Testigo de los dolores que ella sufría, y que resentía más vivamente que aquella a quien atormentaban, temía a cada instante que la princesa sucumbiera a la violencia del mal. Sus inquietudes se redoblaron con ocasión de un agotamiento que atacó a la princesa, y que a lo largo de una hora la privó de sus sentidos. Durante todo ese tiempo, Tobilos no separó sus labios de la mano de la princesa, tratando con la vivacidad de sus besos de volverla a la vida. Pero nada más tierno que las palabras que el dolor le arrancaba:

—Dioses inmortales —gritaba— o conservan para mí al querido objeto que adoro o, si necesitan una víctima, que sea yo. ¿Acaso no están interesados en salvar esta obra maestra de sus manos?

Se dirigía en seguida a la princesa a quien llamaba con todos los nombres que su tierno amor le ponía en la boca.

—Princesa —le decía, bañando con sus lágrimas el rostro de Jaiven— No, que no se diga que la cruel muerte separa lo que el amor había unido tan fuertemente. No, tú no descenderás sola a la tumba. ¿Cómo mi dolor y mi desesperación podrían dejarme una vida que sin ti sería para mí una insoportable carga?

Mientras tanto los médicos, reunidos alrededor de la princesa, no omitían ningún secreto de su arte para apartar los peligros que aquejaban a la princesa. Pero todos los remedios que ordenaban eran inútiles. Ya comenzaban a perder la esperanza cuando Zaide,

quien juzgaba por el dolor del príncipe que su vida dependía de la vida de la princesa de Texcoco, prometió devolverle la salud si permitían que le diera algunas gotas de un elixir que ella misma se comprometió a preparar. Su oferta fue aceptada con enorme avidez, al ver que ella no temía responder con su cabeza del éxito de su remedio. Y en verdad, el efecto que produjo fue tan intempestivo que en el instante de haberlo tomado, la princesa Jaiven abrió los ojos y recobró el uso de sus sentidos. Pero lo más maravilloso fue que, a juzgar por los vivos colores de sus mejillas, disfrutaba de las dulzuras de un sueño profundo.

¡Imaginemos la impresión que tan feliz suceso debió provocar en el príncipe mexicano! En su alegría desbordante se arrojó a los pies de la princesa de Tacuba y abrazó sus rodillas lamentándose de que faltaran las palabras para expresar su inmenso agradecimiento. Y, como estaba persuadido de que se debía a la bondad de los dioses la inesperada curación, con la que le devolvían algo tan amado por él, quiso que ese feliz día fuera conmemorado con el sacrificio de innumerables víctimas que mandó inmolar.

La princesa Jaiven, por su parte, informada de la manera en que había sido arrancada de la muerte, no se mostró menos agradecida que el príncipe mexicano. Se arrojó al cuello de la bella Zaide, y le testimonió su gratitud con las más tiernas caricias y las más vivas acciones de gracias:

—Señora —le dijo— quieres llevar a la cima las obligaciones infinitas que yo te tengo. Siento que la estrecha amistad que me liga a ti me haría insoportable tu ausencia. ¿Puedo esperar que me hagas un favor, el mayor que deseo? No rechaces mi petición de acompañarme a mis estados. Ven, señora, haz las delicias y adorna una corte que te adorará.

Semejante proposición era tan conforme a los deseos de la reina de Tacuba, como para que no la aceptara con avidez. Y lo que hacía más grato este ofrecimiento era que el príncipe mexicano unía sus ruegos a los de la princesa Jaiven. Pero antes se estableció que Zaide sería coronada y reina de Tacuba, y que antes de su partida se harían todos los arreglos necesarios para asegurar durante su ausencia la tranquilidad de su país.

La ceremonia de coronación de esta princesa se llevó a cabo con la mayor magnificencia y fue celebrada con innumerables fiestas, todas ellas espléndidas y galantes.

Mientras tanto, una partida del ejército mexicano avanzaba hacia las fronteras del reino de Texcoco, mientras los tacubenses desalojaban las plazas que Tekels había usurpado a Fardedondac, padre de la princesa Jaiven. Los texcocanos, avisados de que pronto verían a su querida princesa, le prepararon una recepción acorde con la alegría que les causaba someterse a sus leyes.

Nunca, en efecto, se hizo una entrada más suntuosa que la de Jaiven a la capital de su reino, al que poco antes había tenido que abandonar para implorar el socorro de Izcóatl. Los fieles texcocanos, llenos de veneración por su soberana, no cesaban de felicitarse y de verla según sus deseos. Reunidos en masa alrededor del carro en el que era conducida, y teniendo a su lado a su ilustre amante y a la princesa Zaide, escuchaban los gritos de felicidad que resonaban en el aire. No hubo un solo rincón de las calles por las que la princesa pasaba que no estuviera cubierto de flores o de ricos tapices, y a cada paso Jaiven se detenía para admirar el espectáculo de algún decorado artístico en extremo suntuoso. Pero nada se comparaba con la magnificencia que se acentuaba en los alrededores del palacio. Un gran pórtico sostenido por gran número de columnas, revestido por placas de oro e incrustado de rubíes, conducía a un arco del triunfo en el cual se había elevado un trono de oro macizo y que resplandecía con mil reflejos por la multitud infinita de pedrería que lo cubría.

Al aproximarse la princesa, las aclamaciones recomenzaron y no terminaron hasta que el gran consejero, acompañado de los principales oficiales de la corona, avanzó hacia el trono para prestar juramento de fidelidad a su soberana en nombre de toda la nación. Una vez efectuada la ceremonia, la nueva reina, acompañada de la princesa de Tacuba y

del príncipe mexicano, fue conducida a su palacio al son de innumerables instrumentos que producían una encantadora sinfonía.

No continuaré hablando de las fiestas que siguieron a la coronación de la princesa. Era tan amada por sus súbditos que no hubo uno que no participara en este regocijo público. Un mes completo duraron las fiestas, hasta que Izcóatl, rey de México, envió una célebre embajada a la corte de Texcoco. Este príncipe, encantado de las virtudes y las raras cualidades que había admirado en la princesa Jaiven, y deseando con ardor verla unida al príncipe Tobilos por los lazos del matrimonio, dispuso que sus embajadores le propusieran esta unión a la princesa. Debían también informar sobre las intenciones del rey de abdicar a la corona para entregarla a su hijo. Lo que más recomendaba era que el príncipe y la princesa apresuraran su regreso. Ambos estaban también impacientes por volver, para asegurar su felicidad. Así, los embajadores de Izcóatl regresaron con la promesa de que los príncipes pronto los seguirían.

Esta embajada no fue del gusto de Zaide ya que era un obstáculo imprevisto que la hacía sufrir infinitamente por sus celos secretos, pero no por ello dejó de felicitar a la princesa, simulando que compartía su felicidad.

—¡He aquí, señora —le dijo— el momento feliz en que culminan tus deseos! ¿Te negará el cielo

alguno? A la gloria de reinar sobre cien diversos pueblos vas, además, a añadir la ventaja de unir tu suerte a la de un príncipe al que el amor y las cualidades parecen haber formado para encantar y para complacer, y que se ve elevado a la cumbre por su notable valor y por sus hechos heroicos.

—No, mi querida princesa —respondió la feliz Jaiven—, no te ocultaré que dude que el cielo pueda darme más felicidad. Pero también él es testigo de que la corona que me ofrece me importaría muy poco si no la recibiera de un príncipe digno de toda mi ternura y que me ha dado pruebas tan claras de su amor que me siento segura de ser la única que reina en su corazón.

Y justamente esto era lo que desesperaba a la princesa de Tacuba. Inútilmente con sus miradas había declarado al príncipe mexicano el tierno sentimiento que le inspiraba. Había sentido desconsuelo al ver que el príncipe se negaba obstinadamente a entender ese lenguaje. Todo parecía aconsejar que procurara librarse de una pasión que la atormentaba cada vez más cruelmente, y que la obligaba a cada instante a violentarse para que no estallara. ¿Pero el amor permite consultar a la razón? Cómo tratarse de curar de un mal que se disfruta y que se contempla como un verdadero bien.

Tales eran los tristes pensamientos de la reina de Tacuba. La ausencia hubiera podido borrar de su espíritu la imagen de un príncipe cuya sola vista

provocaba en ella una gran pasión que la perturbaba; pero, en vez de alejarse decidió seguirlo a su reino a pesar de que sabía que encontraría la gran pompa que daría el triunfo a su rival.

Avancemos

Izcóatl, informado por los embajadores que había enviado a Texcoco de que sus negociaciones habían logrado el más feliz de los éxitos, no pensó más que en preparar fiestas magníficas para recibir a la ilustre princesa destinada a ser esposa de su hijo. La noticia de las fiestas que se preparaban en la corte de México atrajo a ella un gran concurso de príncipes y princesas relacionados con Izcóatl por lazos de sangre o de amistad, de manera que la corte de ese príncipe jamás se vio tan concurrida y tan brillante como el día en que la princesa de Texcoco hizo su entrada en México. Debo agregar que no hubo jamás un día tan señalado con tantas alegrías.

Al día siguiente Izcóatl reunió a los príncipes de su sangre con los principales oficiales de la corona, y les comunicó que se sentía agotado por las fatigas de un reinado de sesenta años, y que deseaba abdicar para que subiera al trono su hijo mayor, el príncipe Tobilos.

—Mi calidad de padre —dijo— podrían hacer sospechosas mis alabanzas. Que los que lo vieron a la cabeza de mis ejércitos, y los que frecuentemente han sido testigos de sus gloriosas victorias contra mis enemigos decidan si merece reinar sobre un pueblo

guerrero. Los dioses inmortales son testigos de que no son sólo los sentimientos de la naturaleza los que me inspiran la elección de este príncipe para ser mi sucesor. Si hoy determino cederle mi lugar, es porque sus virtudes me garantizan que perpetuará la felicidad y la gloria de esos súbditos cuyos intereses han sido objeto de todos mis cuidados. Así, generosos mexicanos, prepárense a rendir homenaje a nuestro nuevo rey y a la incomparable princesa que reinará con él.

Ya declaradas sus intenciones, Izcóatl se dirigió al templo acompañado por los príncipes y de los grandes del reino y seguido por toda la corte. La infortunada princesa de Tacuba, continuamente desgarrada por los celos, habría preferido no estar presente en una ceremonia que elevaría a la cima la felicidad de su rival; pero, ¿con que pretexto? Por tanto, ella asistió, resuelta a no demostrar a nadie lo que pasaba en su corazón. Pero, ¿es fácil imponer silencio a la pasión que domina por completo al alma misma?

Entre tanto, el altar se inundaba con la sangre de un asombroso número de víctimas que acababan de inmolarse. Ya el gran sacerdote, después de haber consultado las entrañas de las víctimas, había anunciado que los dioses prometían una larga y feliz vida al príncipe y a la princesa que iban a unir sus destinos, cuando los vio avanzar hacia el templo. Esto indicaba que debían empezar los rezos que ordinariamente

precedían a las ceremonias matrimoniales. Dos filas de jóvenes, una de hombres y otra de mujeres, notables más por su belleza que por su vestuario, salieron al mismo tiempo del templo y sembraron de flores el camino por donde el príncipe y la princesa debían pasar. El rey de México los condujo al altar y después de haberlos presentado al gran sacerdote, los cubrió con el velo nupcial.

El gran sacerdote, después de haber implorado la bendición de los dioses sobre un desposorio que debía llenar de felicidad a dos imperios, terminó la ceremonia: la cadencia de mil instrumentos, los gritos entusiastas del pueblo, todo anunciaba la felicidad de los ilustres esposos que acababan de unirse. Todos parecían compartirla cuando se advirtió que la princesa Zaide estaba muy pálida, inmóvil y sin ningún signo de vida. Todos se apresuraron a socorrerla. Tobilos y Jaiven fueron los primeros en llegar. Los ojos de la amable reina de México, que parecían hechos para la felicidad, al instante se cubrieron de lágrimas. Su tierna amistad, conmovida por el triste accidente de Zaide, la hizo olvidar por un tiempo su propia felicidad. Ignoraba que esa misma felicidad era causa de la desdicha de su rival. La infortunada princesa no había podido resistir más tiempo la vista de un espectáculo que la privaba de toda esperanza; un frío mortal le había congelado las venas y pasó un largo lapso antes de que volviera a la realidad. Finalmente abrió los ojos y vio a la princesa

Jaiven que la abrazaba tiernamente y le bañaba el rostro de lágrimas. Faltó muy poco para que a su vista volviera a hundirse en el estado del cual acababa de reponerse. Irritóse contra sí misma y se reprochó sus celos de la princesa, que le expresaba tan delicadamente su amistad. Abrazóla con lágrimas en los ojos diciéndole:

—¿Qué haces, mi querida princesa? ¿Es posible que un simple desmayo mío ensombrezca tu felicidad?

No fue posible conocer la causa de su mal. Ella inventó una que le pareció oportuna para que nadie sospechara la verdad. Sólo Tobilos podría imaginar algo; pero, como Zaide jamás le había declarado abiertamente sus sentimientos, él trataba siempre de ignorarlos. El amor extremo que sentía por la princesa Jaiven no le permitía corresponder al de la reina de Tacuba.

Mientras tanto, el ilustre cortejo regresó al palacio con la misma pompa con que había salido en medio de las aclamaciones de un innumerable pueblo que no cesaba de admirar a la nueva reina.

No me detendré a describir la extrema felicidad de los nuevos esposos. Una pasión recíproca fundada en la virtud, el mérito, el agradecimiento, retardada por tan diversos accidentes, coronados al fin por un matrimonio feliz, ¿podría producir una felicidad ordinaria? No, el amor que se complace en tiranizar los grandes corazones también se complace a veces

en recompensar sus tormentos con los placeres que sólo ellos pueden experimentar.

Mientras más feliz era el destino de Tobilos y la princesa Jaiven, más infortunado era el de la princesa de Tacuba. Había probado los mayores rigores y violencias del amor sin haber experimentado ninguna de sus dulzuras, y se sentía aún agobiada por los más atroces celos.

—Desgraciadamente —decía esta triste princesa— Dejé mi reino para venir a ser testigo del triunfo de mi rival; seguí a un príncipe del que debí huir y traje la tristeza a una corte que sólo respira alegría, en donde el príncipe y sus súbditos viven felices y yo soy la única desgraciada. ¿No hubiera sido preferible quedarme en mi patria y buscar en la ausencia un remedio a mis males, en lugar de venir a exasperarlos con la presencia de quien los provoca? Yo podría, al menos, encerrarme en mi palacio a llorar y a quejarme libremente. Y no sentirme obligada a fingir alegría en medio de la más cruel aflicción, ni de felicitar a mi rival por una dicha que disfruta a expensas mías.

Por un momento, estas reflexiones la hicieron inclinarse a regresar a Tacuba. Pero el amor que la había conducido a la corte de México la dominaba en tal forma que de inmediato desechó esa resolución. En cuanto Zaide pensó en alejarse de Tobilos, tembló porque consideraba esta ausencia como al peor de los males.

Fue así como la princesa, siempre contrariándose a sí misma, decidió alimentar una pasión que todo le aconsejaba sofocar y que, desde el principio, le resultó funesta. Había perdido la esperanza de adueñarse del amor de Tobilos y, sin embargo, no podía decidirse a olvidarlo. Pero lo que colmaba la desdicha de Zaide era la imposibilidad de odiar a su rival que poseía el corazón del príncipe. Incluso, sentía que su estimación por Jaiven no era inferior a la ternura que le inspiraba Tobilos, y lo último que deseaba era convertirse en instrumento que acarreara alguna desgracia a los amables esposos.

Pero no anticipemos esta triste catástrofe, y veamos a Zaide a solas con la nueva reina de México.

La gozosa expresión que resplandecía en el rostro y los ojos de Jaiven; la libertad y la alegría de todas sus palabras eran puñales que atravesaban el corazón de la infeliz Zaide. Por más cuidado que pusiera en ocultar a su rival el móvil de sus celos, le resultaba sumamente difícil que no se le escaparan de vez en cuando algunos signos que podrían traicionarla. Pero Jaiven estaba muy lejos de descubrir la verdad porque, además de que Zaide se había esmerado siempre en hablar a Tobilos cuando Jaiven estaba presente, con la mayor prudencia, su natural candor le impedía abandonarse fácilmente a las sospechas. Incapaz de engañar a nadie, era también incapaz de desconfiar, y si algo la perturbaba era la profunda tristeza que advertía en el rostro de su amiga, y que

atribuía al tedio o al deseo de retornar a su patria. ¡Cuanto hubiera deseado Zaide que ése fuera el verdadero motivo de su pesadumbre para evitar que la desgracia se cirniera sobre ella y los demás!

Fin de la primera parte